



***MODULO II***  
***ECLESIOLOGIA***

***“COMO SER IGLESIA EN EL SIGLO XXI”***

Noviembre 2012

Stella Maris Amarelle

Uruguay

## ÍNDICE

1.	INTRODUCCION.....	4
2.	LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD GLOBALIZADA:.....	7
3.	CORRESPONSABILIDAD ENTRE LAICOS Y JERARQUIAS .....	12
4.	LA IGLESIA AL SERVICIO DEL REINO .....	17
5.	CONCLUSIÓN.....	22
	APÉNDICE .....	25
	BIBLIOGRAFIA.....	31

**“Vendrán muchos de oriente y de occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios. Y los que son últimos serán los primeros, y los que son primeros serán los últimos”. (Lucas 13, 29-30)**

## **1. INTRODUCCION**

El nuevo milenio nos encuentra sumergidos en una penosa realidad, casi dos tercios de la humanidad vive en la más absoluta pobreza, el planeta sufre graves daños ecológicos por el mal uso que hacemos de los recursos naturales, la violencia es cada día mayor, pero como dice Gonzalez Faus “Otro mundo es posible... desde Jesús” y esto es lo que nos anima a realizar este trabajo.

La intensa actividad eclesial que caracterizó al SXX, especialmente por el Concilio Vaticano II generó cambios radicales y hoy nos encontramos con el gran desafío de hacer primar la opción por los pobres, frente a una sociedad globalizada.

Se trata de analizar los signos de los tiempos actuales y desde allí reformular nuestra misión, trabajando unidos a todos los movimientos sociales y políticos, que están preocupados por la edificación de una sociedad solidaria y fraterna.

Desde luego que este proceso de “mundialización” tiene un poderoso efecto reactivo en el plano ideológico desde distintas perspectivas.

En relación a los credos religiosos y los valores colectivistas tradicionales, se percibe un creciente desinterés generalizado, y esos valores van perdiendo terreno ante el individualismo y el cosmopolitismo de la sociedad abierta.

En distintos documentos de la Iglesia aparecen hoy comentarios y opiniones que refieren al gran tema de la globalización.

Desde el propio Magisterio, fundamentalmente en el “Compendio de la doctrina social de la Iglesia”, se puede visualizar con claridad y profundidad la preocupación que desde las jerarquías moviliza este tema. (Ver puntos 361 al 376 del documento, con especial énfasis en el 362, con respecto a las desigualdades)

Desde esta perspectiva queremos establecer los parámetros de este trabajo, en el entendido que la extensión posible de un análisis crítico profundo del fenómeno, no es objeto del mismo.

Para ello repasaremos estos temas desde la perspectiva del laicado en ese hoy globalizado, teniendo en cuenta principalmente las visiones críticas del fenómeno eclesial desde Latinoamérica, las relaciones de la Iglesia jerárquica con la construcción del Reino, las responsabilidades en la misma y cómo vemos hoy la praxis como misioneros de esa construcción.

En su Exhortación Apostólica “Ecclesia in America”, Juan Pablo II decía en el año 1999: *“la globalización alimenta nuevas esperanzas, pero origina también grandes interrogantes”*.

Hoy estamos metidos en esta realidad que se aproxima más a las interrogantes que a las certezas, a las dudas que a las esperanzas.

Pero como la esperanza es el gran refugio de los cristianos debemos redoblar la fe para estar más cerca de reconstruir el Reino que de mirar con desilusión al mundo globalizado.

El dato que interesa reafirmar con respecto a la Iglesia y sus relaciones con el fenómeno globalizador tiene un aspecto central a nuestro juicio: en tanto el mundo se unifica cada vez más en una visión cosmopolita, la Iglesia se cierra en una visión centralizada y unificada del poder.

La universalidad que encierra el concepto de Católica da paso a una jerarquía que es cada vez más “romana” y menos “mundial”, con todo lo que supone no escuchar los mensajes que llegan desde los lugares más alejados del planeta y

desde las comunidades de laicos preocupados por los temas de la injusticia y la pobreza.

Después del concilio Vaticano II, las comunidades cristianas sentían que finalmente la jerarquía escuchaba sus voces, porque en el mismo Concilio hubo planteos de apertura que alentaban esa esperanza.

Lamentablemente en la práctica no fue así, citamos aquí una publicación de Ecclesia del 4 de setiembre del 2012 sobre el Cardenal Martini:

*“En su última charla con el también jesuita Georg Sporschill dijo: “ La Iglesia debe reconocer los errores propios y debe seguir un cambio radical, empezando por el Papa y los obispos”. Veía a la Iglesia Occidental cansada, atrapada por la burocracia y el bienestar, más preocupada por los signos externos que por abrir la Buena Nueva a los que más la necesitan, a la manera de Jesús de Nazaret: “Nuestros rituales y nuestros vestidos son pomposos” y la contraponen a la “otra” Iglesia cercana al prójimo de monseñor Romero y los mártires jesuitas de El Salvador. “¿Dónde están entre nosotros los héroes en los que inspirarnos...?”. Está clara su denuncia profética de que en el Primer Mundo, la Iglesia actual no puede generar mártires mientras siga cómplice -por acción u omisión- del pecado estructural.*

*Y nos ha dejado tres consejos para salir del agotamiento. “El primero es reconocer los propios errores, por ejemplo en los escándalos de pederastia: “¿La Iglesia es todavía una autoridad de referencia o solo una caricatura en los medios?”. El segundo y el tercer consejo es recuperar la palabra de Dios y los sacramentos como una ayuda y no como un castigo. “¿Llevamos los sacramentos a los hombres que necesitan una nueva fuerza?”.*

Pasemos ahora a un somero análisis de la visión laical a partir de estas realidades.

## **2. LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD GLOBALIZADA:**

Vaticano II habla de la Iglesia como comunidad de la fe, la esperanza y la caridad. En LG4 nos dice “una muchedumbre reunida por la unidad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y nos señala como principios del ecumenismo la reforma de la Iglesia y la conversión del corazón. El Espíritu no es solamente principio de unidad, sino de libertad y de diversidad.

La Iglesia católica actualmente parece estar basada principalmente en las Cartas Pastorales del Nuevo Testamento, y en las llamadas deuteropaulinas (Efesios y Colosenses), pero este nuevo milenio pide a gritos:

- la Eclesiología de Pablo en sus cartas a los Corintios (libertad y pluralidad unificada por un único Señor y un único Espíritu),
- la Eclesiología de Los Hechos de los Apóstoles donde existe un afán por integrar todas las particularidades a fin de lograr una comunidad alternativa que interpele
- la Eclesiología de Juan que muestra la fraternidad e igualdad creada por Jesús casi como único constitutivo de la comunidad
- la Eclesiología neotestamentaria de las iglesias locales, que nos muestra que la iglesia universal no es una suma de las iglesias locales, sino la comunión de todas ellas.

Vaticano II comenzó definiendo a la Iglesia como “*sacramento y señal*” de salvación. Se debe recuperar “*la iglesia de los pobres*” de Lucas.

Con Vaticano II, fue apareciendo un nuevo tipo de creyentes, que no es resultado de un catecismo infantil, sino fruto de un verdadero encuentro con

Jesucristo y de una decisión madura de fe. Son estos cristianos los más decepcionados ante la actitud de las autoridades del Vaticano, es así que especialmente en América Latina va surgiendo, lo que se puede llamar “*un cambio de iglesia*”. Las autoridades eclesiásticas se niegan a escucharles, cuando reclaman una reforma de la cabeza y de los miembros. Parece que nada se ha aprendido por ejemplo de lo sucedido con la ruptura de Lutero que la llevó a una “contra-reforma” tardía, realizada como respuesta a la división, enfocada en protegerse “del otro” en lugar de escuchar y buscar una unidad en la diversidad. Se sigue desautorizando y hasta condenando las voces que piden una reforma.

Esta Iglesia dividida, con baja credibilidad y con conflictos internos, tiene también integrantes muy valiosos de fe madura, respetuosa, con gran experiencia espiritual y un legítimo compromiso en el seguimiento de Jesús y el compromiso con los pobres.

Es esta Iglesia tan diversa, la que se enfrenta a un mundo muy unificado técnica y económicamente, pero sin fundamentos absolutos para la convivencia. El gran riesgo es que en esta sociedad del tercer milenio sin Fundamento Absoluto, cada cual absolutice su parcialidad y quiera concebir la convivencia a partir de ella, surgiendo así el peligro de los “ismos”, (imperialismo, fundamentalismos, racismo, etc.)

Hay que entender la globalización como un proceso dinámico, de cambios permanentes, en el que existe una infinidad de relaciones cruzadas entre países, regiones y continentes, y que impacta en las distintas sociedades humanas unificando mercados, economías, tecnologías, políticas y culturas.



En relación a la complejidad del fenómeno, se suscitan en el mundo en forma permanente, reacciones de diferente signo, entre detractores y defensores, que involucran a la sociedad mundial en su conjunto.

Nadie se siente ajeno al problema y su discusión, y nadie lo ignora dada su potencialidad.

Representa un modo injusto de producir y reproducir nuestra existencia, un mundo plagado de injusticia. La lógica de la globalización quiere hacernos creer que el mundo es inmutable, que no podemos hacer nada para transformar las relaciones humanas, nos deslumbran con propuestas de mercado que nos atraen, creando una sociedad hipnotizada por el consumo que se queda estática y piensa que es imposible hacer algo para terminar con la injusticia impuesta por el capitalismo.

Las banderas del capitalismo son el individualismo y la ganancia, así en la modernidad, nos fueron educando en el consumismo sin importar el planeta ni sus habitantes.

Se necesita un cambio, pero hay muchos que se benefician del modelo actual y no están interesados en este cambio, por eso la Iglesia debe ser Cristocéntrica y trabajar por el cambio con los que sufren, los excluidos, y con los que se comprometen y luchan a su lado. Es necesario organizarse y luchar unidos utilizando la fuerza de los argumentos, la evangelización en este milenio debe ir en esa dirección.

Somos ciudadanos del mundo globalizado y fragmentado, como iglesia no podemos eludir nuestro potencial de influencia

El camino de la Iglesia es el hombre y no al revés, la Iglesia evangeliza siendo “sacramento de salvación” (LG1,1), todas las estructuras de la Iglesia son solo para su misión y Jesús solo nos dejó como estructura eclesial el Apostolado, es decir un grupo cuya forma de vida es la misión.

Los seres humanos tenemos el derecho de construir nuestro futuro, sin la obligación de reproducir las relaciones sociales que nos quiere imponer la globalización con las injusticias implicadas.

Debemos plantear retos al capitalismo estimulando la coordinación horizontal y no jerárquica siendo conscientes de que estamos amenazados por la miseria y la devastación, coordinar acciones donde lo que prime no sea la conquista del poder.

Para superar el capitalismo es necesario enfrentar sus valores y proponer una nueva lógica social basada en las enseñanzas de Jesús, priorizando a “los más débiles”. Es necesario pensar estratégicamente y actuar tácticamente, sin olvidarnos de las enseñanzas de las Escrituras. No se puede superar el capitalismo y la globalización sin presentar otro modo de producir, hay que presentar alternativas por eso hay que:

- Educar para superar la deshumanización impuesta por el sistema capitalista que promueve el individualismo.
- Educar, para que todos puedan decidir digna y libremente sobre su existencia, tan importante como la comida es “la autodeterminación”.
- Educar para crear conciencia ecológica, que la naturaleza sea vista como el hogar creado por Dios y no como recurso a ser explotado.

- Educar para resistirse a aceptar la globalización como único destino, vivimos en un planeta que es un todo en movimiento, el globo es solo la superficie, nuestro destino va de la mano del destino de nuestro planeta
- Educar para lograr una relación sustentable con todos los seres de la tierra.
- Educar para dejar de ser simples consumidores pasivos de noticias y pasar a ser comunicadores y productores de ideas
- Educar para el trabajo en red abriendo espacios de diálogo que vinculen los movimientos sociales.

En un artículo del diario Brasil de Fato del año 2006, István Mészáros afirmó *“La alienación solo puede ser vencida con educación”*.

Como Iglesia recibimos la orden de Pablo en su carta a los Romanos, de *“no acomodarse a la figura de este mundo”* (12,2), ser una comunidad en la que los pobres sean la prioridad por derecho divino.

### **3. CORRESPONSABILIDAD ENTRE LAICOS Y JERARQUIAS**

*“Soy cristiano con vosotros y obispo para vosotros. Lo que soy para vosotros me aterra. Lo que soy con vosotros me consuela” San Agustín*

No es el objeto de este punto estudiar las relaciones entre laicos y jerarquías en el marco de la historia de la Iglesia desde su origen hasta nuestros días. Queremos concentrar el análisis en el último siglo, ya que aquí es donde se producen cambios profundos, que responden a tendencias renovadoras dentro de la Iglesia.

El monje dominico francés Yves Congar, uno de los teólogos fundamentales en el impulso de esas tendencias a que referimos, y que aportó esencialmente para el nuevo espíritu del concilio Vaticano II, solía decir que estamos en presencia del **siglo de los laicos**, concepto que recrearon también otros grandes teólogos contemporáneos al concilio como, por ejemplo, Karl Rahner, Hans Kûng, Henri de Lubac, Edward Schillebeeckx y Joseph Ratzinger, el actual Papa.

Fue precisamente en las discusiones y los textos finales de aquel concilio en que por primera vez en la historia de la Iglesia se habló con total apertura y profundidad acerca del concepto de “laico” y de sus implicancias, fuera y dentro de ella.

Tuvo además el concilio la visión de nominar el Decreto sobre el laicado como “Apostolado del pueblo de Dios”.

De esa manera quedaba reflejado en los documentos el vínculo entre los cristianos y la evangelización, que es la característica esencial de la Iglesia.

También este vínculo refuerza el sentido de la fe personal con el llamado a misionar, otro de los aspectos cruciales del espíritu evangélico de la Iglesia.

Está claro pues que, a partir del Vaticano II, los laicos adquieren un rango especial dentro de la Iglesia, ya que son los fieles que, responsablemente, dan soporte a la estructura eclesial, y son además aquellos que evangelizan y misionan más allá del alcance de las jerarquías.

Al concluir el concilio Vaticano II, Pablo VI hablaba de la “*corresponsabilidad solidaria*” del colegio episcopal en el contexto del cuerpo místico.

Y en este punto conviene aceptar que la responsabilidad compartida tiene que ser entendida a partir de que la comunidad es un conjunto de fieles, animados por el Espíritu, que pretenden ganar espacios de libertad participando del cuerpo de Cristo sin abrumadoras reglamentaciones.

Decía con sabiduría Luis Pérez Aguirre con relación a estos temas en su libro “La Iglesia increíble”: *“Hoy son más todavía los que reclaman una mayor corresponsabilidad en la Iglesia, y particularmente los laicos desean que no siga siendo una aspiración piadosa, vista con ironía por no pocos encumbrados eclesiásticos. A estos cristianos laicos les duele con razón que todo lo que llega a las bases sea ordenado y totalmente reglamentado “desde arriba”, dejando prácticamente sin espacio a la corresponsabilidad”*.

Debemos aclarar además la carga semántica que lleva consigo la palabra “Responsabilidad” y que en su raíz latina tiene el significado de “respuesta hábil”, lo cual ubica al individuo y la organización en una posición de responder al mundo a partir de los objetivos y sentimientos que son su esencia, y a los cuales debe atender.

Hoy, tanto para la organización Iglesia con sus jerarquías, como para los laicos y su involucramiento, es necesario trabajar evangélicamente en el sentido primordial de saber escuchar los mensajes del mundo y, por lo tanto, responder con habilidad a esos mensajes.

Entonces la corresponsabilidad presenta un primer aspecto: la mutua confianza entre jerarquías y laicos, lo que permite una respuesta conjunta y homogénea a los problemas de la humanidad y, además, entender cómo evangelizar desde la Iglesia como institución, y desde ese conjunto de cristianos llamado “pueblo de Dios”.

Hoy asistimos muchas veces a situaciones en las que la autoridad eclesiástica siente temor hacia los laicos, lo que lleva a las jerarquías, como bien dice J.I. González Faus, a relegar al laicado, y permitirle solo “*ser peones de segunda fila*”. ( “Otro mundo es posible....desde Jesús”)

El mismo autor rescata una opinión de Pío X para quien el laico no tenía en la Iglesia mas derechos que los de “*obedecer y pagar*”. Parece esta una frase emblemática de esa Iglesia obsoleta y perimida a partir de Vaticano II, y que lastimosamente está presente aun en la cabeza de algunas jerarquías.

Llegamos pues a un tema central, ya tratado en Vaticano II y que, a partir de este gesto de confianza mutua entre la jerarquía y el laicado, debe constituir el eje primordial de la evolución política interna de la Iglesia para avanzar en este siglo XXI.

Nos referimos al tema de la estructura colegial de la Iglesia y, por lo tanto, a la elección del Obispo. Dice González Faus en la obra ya citada: “*la colegialidad es la mejor puesta en acto de la concepción de la Iglesia como comunión*”. Y agrega:” La

colegialidad episcopal fue la aportación más decisiva de Vaticano II a la Eclesiología, aunque hay que añadir que es una aportación todavía casi del todo inédita y prácticamente sepultada en el nuevo Código del Derecho Canónico". Para los laicos de a pie, cuando nos hablan de Derecho Canónico, nos parece que toda la estructura de la Iglesia se nos viene encima, y muchas veces nos sentimos defraudados por cómo se maneja desde la jerarquía la autoridad y , por lo tanto, el gobierno de la comunidad eclesial y del pueblo de Dios.

La tradición primitiva de la Iglesia se ajustaba a criterios relacionados a que la ordenación (episcopado, presbiterado y diaconado), debe responder a la entrega de un don del Espíritu, y no a la mera transmisión de poderes sagrados, culturales o jurídicos de una persona a otra.

Volvemos a Pérez Aguirre en obra citada: *"Es materia pendiente volver a un sistema de designación de los pastores en la comunidad que de algún modo se armonice con los orígenes del cristianismo. No podemos ignorar que fue un hecho histórico incontestable la intervención directa de las comunidades en el nombramiento de sus pastores"*.

Debemos respetar la autoridad, pero no someternos como laicos ante cierto tipo de orden y disciplina que se imponen desde la jerarquía, cuando no hemos sido partícipes de su elección.

Hoy parece que para el nombramiento de las jerarquías importa más la obediencia y fidelidad a lo doctrinal, que dar respuesta a las expectativas y preocupaciones de las comunidades.

El laico percibe entonces que no existe desde las jerarquías esa sensibilidad necesaria para que la responsabilidad sea compartida.

En cualquier organización el centralismo genera celos y decepciones, actitudes que a veces terminan en la deserción de los individuos. Bien dice González Faus en el libro ya citado que hoy nos enfrentamos a dos criterios para entender y valorar la Iglesia: la que representa el Pueblo de Dios, y la que él llama Iglesia de la seguridad, en la que “la mayoría de sus miembros están demasiado acostumbrados a – y socializar en—la idea de ser meros consumidores de servicios religiosos”. Y agrega: *“El verdadero misterio de la Iglesia no es el misterio del poder sagrado, sino el de la comunión entre iguales, que trata de reflejar la comunión de las personas divinas en la Trinidad”*.

Por estas razones el laicado debe tomar hoy una posición activa que le permita ayudar a transformar esa corresponsabilidad con las jerarquías en la construcción del Reino, y por lo tanto de la Iglesia.

Debe demostrar que es Pueblo de Dios en cuanto empuja a las jerarquías a hacer de la comunidad eclesial un lugar de mayor y mejor diálogo.

Aquí hay un gran desafío para este siglo, pero no es tarea fácil.

En esta apertura al diálogo y la comprensión es bueno citar las palabras de J. Ratzinger en su libro “El pueblo de Dios”: *“ La Iglesia única se compone de muchas “iglesias” en los lugares y regiones del orbe, y solo la variedad de las iglesias que mantienen la mutua comunión en el vínculo de la unidad, de la caridad y de la paz constituye la unidad cumplida de la Ecclesia Catholica”*.



#### **4. LA IGLESIA AL SERVICIO DEL REINO**

*La creación está preñada del Reino de Dios (Rom 8,22)*

Es importante en primera instancia aclarar y definir el término “Reino de Dios”, porque si, como creemos los cristianos, la Iglesia representa la unión de todos los que forman el “Pueblo de Dios”, ese Reino deberá tener algunas características que lo definan como tal.

En muchos documentos de la Iglesia se define el Reino, pero es importante asomarnos una vez más al Concilio Vaticano II, que nos es útil para entender ese vínculo entre la Iglesia y el Reino: *“la Iglesia recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese Reino”*.

Hay una primera aproximación a la definición de Reino en todos los Evangelios, en distintas Parábolas, etc.. Pero lo que es central, el corazón de la prédica de Jesús, radica en el anuncio del Reino. Jesús estaba designando ante todo el ejercicio de la soberanía de Dios, soberanía que busca ser aceptada por los hombres, por un pueblo concreto a quien va destinada y que está llamado a recibirla y hacerla visible.

Pero esa aceptación histórica que nos muestran los textos jesuánicos es la intervención de Dios con un proyecto de conversión y cambio del cual surgirán los gérmenes del anuncio de la esperanza y de la denuncia de la injusticia y la opresión.

*Dicho de otra forma: para Jesús el Reino de Dios es ante todo la perspectiva de cambio de la realidad y también de la solidaridad con los débiles.*

El Reino de Dios se hace realidad histórica con Jesús y se expande en la victoria del amor gratuito sobre la actitud interesada, del amor del enemigo sobre el deseo de venganza, de la plenitud humana que se refleja en la fraternidad realizada.

El primer grupo de seguidores de Jesús, aquellas primitivas comunidades de creyentes, se autodenominaron “Pueblo de Dios”. Ese pueblo es el que nosotros llamamos Iglesia, que se constituye como signo o *“sacramento del mundo posible”* anunciado por Jesús ( LG 1,1).

Hay pues desde el principio dos ideas centrales en la concepción de Iglesia: sacramento y comunión. El Sacramento es señal eficaz de salvación.

El Vaticano II declara que la Iglesia es “Sacramento de salvación” y que “ha sido enviada por Dios a las gentes para **ser** sacramento de salvación” (AG 1).

Y llegamos al centro del tema que se puede resumir en algunas preguntas:

- ¿cómo debe ser entonces esa comunidad de seguidores y creyentes de Jesús en relación a su señal de salvación y comunión?
- ¿ cómo debe ser la iglesia?
- ¿cómo es su misión con respecto al Reino?

José Ignacio Gonzalez Faus en su obra “Otro mundo es posible desde Jesús”, dice:

*...“La realización de la esencia sacramental de la Iglesia reside en la vida misma de la comunidad creyente, como enseñó muy bien la Asamblea del Episcopado Latinoamericano en Puebla: la Iglesia evangelizará en primer lugar mediante el testimonio global de su vida”...*

*...”La Iglesia del Vaticano II prefiere definirse como un sacramento o señal más que como una institución; se define también como una comunión más que como una sociedad perfecta y se considera servidora del Reino de Dios y no su posesora ni expedidora de entradas para el Reino de los Cielos”...*

A partir de estos conceptos podemos hablar de dos modos de Iglesia presentes hoy, dos formas de ser y actuar, en su misión evangelizadora:

La Iglesia-Señal (sacramento) y la Iglesia-Sociedad de servicios religiosos (primariamente de carácter cultico). Es lo que Gonzalez Faus distingue como iglesia de la fe o iglesia de la seguridad.

A partir de Vaticano II han ocurrido fenómenos dentro de las jerarquías de la Iglesia Católica Romana que han intentado borrar las buenas intenciones de los documentos de aquel Concilio.

De hecho, esa “Iglesia de la Seguridad” que se identifica con las autoridades antedichas se auto-adjudica la identificación plena y exclusiva con la Iglesia de Cristo.

Es entonces justificable para esa Iglesia toda una concepción de Sociedad perfecta que se refleja en un exacerbado eclesiocentrismo, y que la aleja de la misión central que es anunciar la mejor Buena Noticia y por lo tanto el servicio al Reino de Dios.

Esta actitud aleja entonces a la Iglesia de la Seguridad de la posibilidad de ser misionera, transformándola en el mejor de los casos, en una Iglesia proselitista.

Como Pueblo de Dios, la Iglesia de la Fe y el Servicio es la que recoge las mejores tradiciones de cristianismo y es la que responde al sentido final de comunión entre iguales y no solamente al sentido del misterio del poder sagrado.

Convendrá detenerse ahora en uno de los temas centrales de este apartado, que es responder a la pregunta siguiente:

¿cuál es el vínculo entre la Iglesia y el Reino de Dios?

Esto permitirá en definitiva conocer que la Iglesia, como reunión del Pueblo de Dios deberá ponerse al servicio del Reino, y por lo tanto trabajar para que éste fructifique en el mundo y entre los hombres.

Toda la eclesiología que surge de la constitución sobre la Iglesia en el Mundo (Gaudium et Spes), se fundamenta en el concepto de que ésta **no es el Reino de Dios** sino solamente su anunciadora y servidora.

Esta función de servicio nos lleva a otra conclusión: La Iglesia no puede disponer del Reino, solo puede pretender transparentarlo para acercar a los hombres a él. Este es el servicio fraterno del que hablaba San Pablo y que se refleja tan bien en la parábola del Buen Samaritano.

Precisamente, Pablo VI en la clausura del Concilio Vaticano II habla de la *“Iglesia samaritana que no es la que pasa de largo al costado del mundo”*. Es bueno recordar una vez más las ideas que aportó en su momento Ratzinger en “El nuevo Pueblo de Dios”. Decía que el mundo debe ser aceptado y respetado como tal por la Iglesia, por la sencilla razón que la Iglesia no es Cristo, y por eso no es posible entenderla como fin en si misma.

Existe en el fondo de esto una esencia que debe ser sentida como actitud de humildad y que en ese sentido aparece en toda la prédica de Jesús.

Como resumen final algunas consideraciones sobre Iglesia y Reino de Dios

Una Iglesia que se vea a si misma identificada con el Reino de Dios puede adoptar una actitud autocrática.

Una Iglesia que identifique a si misma con el Reino de Dios se volverá egocéntrica

A principios del SXX Alfred Loisy decía: *“Jesús anunció el Reino de Dios y vino la Iglesia”*

El Concilio Vaticano II, definió claramente lo que une y separa Iglesia y Reino: *“La Iglesia recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese Reino.”*

## **5. CONCLUSIÓN**

En este milenio la Eclesiología debe ser más universal y menos parcial con un gran esfuerzo de inculturación, ya que su centro no será en Europa.

Desde nuestras realidades seculares somos llamados a ejercer nuestra condición de hijos unidos en Cristo, somos enviados, Christifideles Laici N° 15 nos dice:

*“El ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también y específicamente, una realidad teológica y eclesial”*,

Dios ha confiado el mundo a los hombres y mujeres, para que participen en la obra de la creación

Todos los hombres y mujeres están comprendidos en la tarea de salvación de la humanidad, pero la comunidad Iglesia tiene una función primordial ya que conoce el misterio del plan de Dios.

Para este milenio es decisivo que la Iglesia involucre e integre en su estructura a los laicos que son miembros del pueblo de Dios y Vaticano II definió a la Iglesia como “Pueblo de Dios” y no como potestad sacra.

Desde la Iglesia debemos trabajar unidos a los movimientos sociales que trabajan por los derechos humanos, los problemas de género, los temas del medio ambiente, etc. Trabajar por un mundo ambientalmente saludable, con justicia social y económica, ser conscientes de que solo se logrará un cambio profundo si estamos dispuestos a ir en contra de los grandes intereses. Paulo Freire decía que es un “inédito viable”, es un proceso en que debemos involucrarnos todos,

relacionándonos, uniéndonos espiritualmente en la reflexión que debe ir unida a la acción para lograr los cambios y hacer posible la reconstrucción de este mundo.

*“El hombre llega por la fe a contemplar y saborear el misterio del plan divino”(GS15)*

Pablo nos habla de la revelación cristiana y el conocimiento del misterio del plan de Dios, ese plan de amor, centrado en la Encarnación y en la Redención de Cristo, el conocimiento de ese plan de amor de ese misterio operante que es la encarnación redentora, que actúa desde que Cristo vino a la historia humana.

En su carta a los Efesios, nos dice que Dios nos bendijo en Cristo, dándonos un conocimiento y una sabiduría perfectos, nos dio a conocer el misterio de su voluntad, por el Espíritu.

Juan Luis Segundo nos dice: ....*“este mensaje nos hace conocer a Dios amando, o sea actuando en la humanidad, y a la humanidad actuando con Dios aunque no lo sepa. El cristiano es por su esencia, por su misión, el que conoce la realidad oculta del regalo de Dios...*

*...Todos los hombres, marchan por el mismo camino y este conduce a la salvación, en esa marcha común de la humanidad orientada por una ley que Dios ha puesto en el corazón de los hombres, hay quienes saben por revelación de Dios algo que a todos interesa....*

*...El hombre naturalmente es un ser que necesita de todo y busca lo que le falta, en cualquier orden de su existencia. En cambio porque tiene la vida divina en sí, es capaz de tomar lo que tiene, olvidarse de lo que le falta y dar eso que tiene a otros.*

*San Juan dice: sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos (3,14)...*

*..Dios ama sin medida a cada uno de nosotros hasta el punto de sufrir nuestro sufrimiento y compartir nuestra muerte, lo que hacemos a cada uno de los hombres, Dios lo recibe sin que se pierda absolutamente nada, ya que nos ama sin medida. Así que no solo la fuente de todo amor entre los hombres es Dios sino que el objeto de todo amor real entre los hombres es el mismo Dios.*

**Romy Lezama**

***“A veces me da miedo orar  
porque es decirle a Dios ¡presente!  
Cuando nos llama desde los pobres, los que sufren,  
Los necesitados, los que están solos,  
Los desamparados, los...  
Puede que nos encomiende una misión,  
De esas que se llevan la vida”***

*Creo que decir a Dios ¡presente! es contracultural, subversivo, si lo consideramos desde la radicalidad del Evangelio quedamos fuera de los aplausos del mundo a cambio de asumir la cruz liberadora de Cristo, con El y en El. Y no podemos menos que asumir que Dios nos toma la vida. Lo bueno de todo esto, cuando Dios nos toma la vida, nos la devuelve en abundancia, tanta que es imposible de contenerla”.*



## ***APÉNDICE***

Al agregar este apéndice o epílogo, se entendió, que el texto que recrea Juan Luis Segundo tiene valores muy importantes, y que su divulgación es fundamental para ampliar el horizonte de los temas tratados anteriormente. Se apela entonces a su carácter básicamente didáctico.

El diálogo actual Iglesia-Mundo tomado de “Teología abierta para el laico adulto”, de Juan Luis Segundo (SJ)

### **A) Lo que el mundo da a la Iglesia:**

Tiene, pues ante sí la Iglesia al mundo, esto es, la entera familia humana con el conjunto universal de las realidades entre las que ésta vive; el mundo, teatro de la historia humana, con sus afanes, fracasos y victorias; el mundo que los cristianos creen fundado y conservado por el amor del Creador, esclavizado bajo la servidumbre del pecado, pero liberado por Cristo, crucificado y resucitado, roto el poder del demonio, para el mundo se transforme según el propósito divino y llegue a su consumación (GS 2).

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre, y han recibido la buena nueva de salvación para comunicarla a todos. La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia (GS 1).

La Iglesia, por su experiencia de siglos, comprende cuánto debe aún madurar en su relación con el mundo (GS 43).

La Iglesia “entidad social visible y comunidad espiritual”, avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe revoarse en Cristo y transformarse en familia de Dios (GS 40).

He aquí las preguntas que aguardan respuesta. “Esta hará ver con claridad que el Pueblo de Dios y la humanidad, de la que aquél forma parte, se prestan mutuo servicio (GS 11).

### **1) Unidad para el amor**

Entre los principales aspectos del mundo actual, hay que señalar la multiplicación de las relaciones mutuas entre los hombres. Contribuye sobremanera a este desarrollo el moderno progreso técnico. Sin embargo, la perfección del coloquio fraterno no está en ese progreso sino más hondamente en la comunidad que entre las personas se establece, la cual exige el mutuo respeto de su plena dignidad espiritual. La revelación cristiana presta gran ayuda para fomentar esta comunión interpersonal, y al mismo tiempo nos lleva a una más profunda comprensión de las leyes que regulan la vida social y que el Creador grabó en la naturaleza espiritual y moral del hombre (GS 23).

Con ayuda sobre todo del aumento experimentado por los diversos medios de intercambio entre las naciones, la familia humana se va sintiendo y haciendo una única comunidad en el mundo (GS 33).

La promoción de la unidad concuerda con la misión íntima de la Iglesia, ya que ella es “en Cristo como sacramento o señal e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (GS 42).

La Sagrada Escritura nos enseña que el amor de Dios no puede separarse del amor del prójimo: “...cualquier otro precepto en esta sentencia se resume: amarás al prójimo como a ti mismo... El amor es el cumplimiento de la ley” (Rom. 13, 9-10; 1 Jn 4,20). Esta doctrina posee hoy extraordinaria importancia a causa de dos hechos: la creciente interdependencia mutua de los hombres y la unificación asimismo creciente del mundo (GS 24).

Por primera vez en la historia, todos los pueblos están convencidos de que los beneficios de la cultura pueden y deben extenderse realmente a todas las naciones (GS 9).

### **2) Interdependencia para el amor**

Los progresos de las ciencias biológicas, psicológicas y sociales permiten al hombre no sólo conocerse mejor, sino aun influir directamente sobre la vida de las sociedades por medio de métodos técnicos (GS 5).

Mientras el mundo siente con tanta viveza su propia unidad y la mutua interdependencia en ineludible solidaridad, se ve sin embargo, gravísimamente dividido por la presencia de fuerzas contrapuestas (GS 4).

La interdependencia, cada vez más estrecha, y su progresiva universalización hacen que el bien común —estp es, el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección—se universalice cada vez más e implique, por ello, derechos y obligaciones que miran a todo el género humano. Todo grupo social debe tener en cuenta las necesidades y las legítimas aspiraciones de los demás grupos; más aún, debe tener muy en cuenta el bie común de toda la familia humana (GS 26).

El Evangelio) encomienda, finalmente, a todos a la caridad de todos (GS 41).

### **3) Cambio creador para el amor**

La propia historia está sometida a un proceso tal de aceleración, que apenas es posible al hombre seguirla. El género humano corre una misma suerte y no se diversifica ya en varias historias dispersas. La humanidad pasa así de una concepción más bien estática de la realidad a otra más dinámica y evolutiva; de donde surge un nuevo conjunto de problemas que exige nuevos análisis y nuevas síntesis (GS 5).

El cambio de mentalidad y de estructuras provoca con frecuencia un planteamiento nuevo de las ideas recibidas. Esto se nota particularmente entre los jóvenes, e incluso a veces la angustia les lleva a rebelarse. Consciente de su propia función en la vida social, desean participar rápidamente en ella. Po lo cual, no rara vez los padres y los educadores en el cumplimiento de sus tareas experimentan dificultades cada día mayores.

Las instituciones, las leyes, las maneras de pensar y de sentir, heredades del pasado, no siempre se adaptan bien al estado actual de cosas. De ahí una grave perturbación en el comportamiento y aun en las misma normas reguladoras de éste.

Las nuevas condiciones ejercen influjo también sobre la vida religiosa. Por una parte, el espíritu crítico más agudizado la purifica de un concepto mágico del mundo y de residuos supersticiosos, y exige cada vez más una adhesión verdaderamente personal y operante a la fe, lo cual hace que muchos alcancen un sentido más vivo de lo divino (GS 7).

## **B) Lo que el mundo exige de la Iglesia como respuesta moral**

### **1) En general**

En nuestros días, el género humano, admirado de sus propios descubrimientos y de su propio poder, se formula con frecuencia preguntas angustiosas sobre la evolución presente del mundo, sobre el puesto y la misión del hombre en el universo, sobre el sentido de sus esfuerzos individuales y colectivos, sobre el destino último de las cosas y de la humanidad. El Concilio, testigo y expositor de la fe de todo el Pueblo de Dios congregado por Cristo, no puede dar prueba mayor de solidaridad, respeto y amor a toda la familia humana que la de dialogar con ella acerca de todos estos problemas (GS 3)

Las nuevas condiciones ejercen influjo también sobre la vida religiosa. Por una parte, el espíritu crítico más agudizado la purifica de un concepto mágico del mundo y de residuos supersticiosos, y exige cada vez más una adhesión verdaderamente personal y operante a la fe, lo cual hace que muchos alcancen un sentido más vivo de lo divino. Por otra parte, muchedumbres cada vez más numerosas se alejan prácticamente de la religión (GS 7).

La profunda y rápida transformación de la vida exige con suma urgencia que no haya nadie que, por despreocupación frente a la realidad o por pura inercia, se conforme con una ética meramente individualista. El deber de justicia y caridad se cumple cada vez más contribuyendo cada uno al bien común según la propia capacidad y la necesidad ajena, promoviendo y ayudando a las instituciones, así públicas como privadas, que sirven para mejorar las condiciones de vida del hombre. Hay quienes profesan amplias y generosas opiniones, pero en realidad viven siempre como si nunca tuvieran cuidado alguno de las necesidades sociales. No sólo esto, en varios países son muchos los que menosprecian las leyes y las normas sociales. No pocos, con diversos subterfugios y fraudes, no tienen reparo en soslayar los impuestos justos u otros deberes para con la sociedad. Algunos subestiman ciertas normas de la vida social, por ejemplo, las referentes a la higiene o las normas de

la circulación, sin preocuparse de que su descuido pone en peligro la vida propia y la vida del prójimo.

La aceptación de las relaciones sociales y su observancia deben ser consideradas por todos como un de los principales deberes del hombre contemporáneo. Porque cuanto más se unifica el mundo, tanto más los deberes del hombre rebasan los límites de los grupos particulares y se extienden poco a poco al universo entero (GS 30).

...De forma que se conviertan verdaderamente en hombres nuevos y en creadores de una nueva humanidad, con el auxilio necesario de la divina gracia (GS 30).

## **2) Función especial del laico en esta tarea central**

A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad (LG 31).

Así como los sacramentos de la nueva ley, con los que se nutre la vida y el apostolado de los fieles, prefiguran el cielo nuevo y la tierra nueva (cf. Apoc.21,1), así los laicos se hacen valiosos pregoneros de la fe y de las cosas que esperamos (cf. Hebr. 11,1), si asocian sin desmayo la profesión de fe con la vida de fe. Esta evangelización, es decir, el mensaje de Cristo pregonado con el testimonio de la vida y de la palabra, adquiere una nota específica y una peculiar eficacia por el hecho de que se realiza dentro de las comunes condiciones de la vida en el mundo (LG 35)

Por los sacramentos, especialmente por la Sagrada Eucaristía, se comunica y se nutre aquel amor hacia Dios y hacia los hombres, que es el alma de todo apostolado. Los laicos, sin embargo, están llamados, particularmente a hacer presente y operante a la Iglesia en los lugares y condiciones donde ella no puede ser sal de la tierra si no es a través de ellos. Así pues todo laico, por los

mismos dones que le han sido conferidos, se convierte en testigo e instrumento vivo, a la vez, de la misión de la misma Iglesia “en la medida del don de Cristo” (Ef. 4, 7).

Además de este apostolado, que incumbe absolutamente a todos los fieles, los laicos pueden también ser llamados de diversos modos a una cooperación más inmediata con el apostolado de la jerarquía (LG 33)

A la conciencia bien formada del seglar toca lograr que la ley divina quede grabada en la ciudad terrena. De los sacerdotes, los laicos pueden esperar orientación e impulso espiritual. Pero no piensen que sus pastores están siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución concreta en todas las cuestiones, aun graves, que surjan. No es esta su misión. Cumplan más bien los laicos su propia función, con la luz de la sabiduría cristiana y con la observancia atenta de la doctrina del Magisterio.

Muchas veces sucederá que la propia concepción cristiana de la vida les inclinará en ciertos casos a elegir una determinada solución. Pero podrá suceder, como sucede frecuentemente y con todo derecho, que otros fieles, guiados por una no menor sinceridad, juzguen el mismo asunto de distinta manera. En estos casos de soluciones divergentes, aun al margen de la intención de ambas partes, muchos tienden fácilmente a vincular su solución con el mensaje evangélico. Entiendan todos que en tales casos a nadie le está permitido reivindicar en exclusiva a favor de su parecer la autoridad de la Iglesia (GS 43)

Deben pues los fieles conocer la naturaleza íntima de todas las criaturas, su valor y su ordenación a la gloria de Dios y, además, deben ayudarse entre sí, también mediante las actividades seculares, para lograr una vida más santa, de suerte que el mundo se impregne del espíritu de Cristo y alcance más eficazmente su fin en la justicia, la caridad y la paz. Para que este deber pueda cumplirse en el ámbito universal, corresponde a los laicos el puesto principal (LG 36).

Así Cristo, a través de los miembros de la Iglesia, iluminará más y más con su luz a toda la sociedad humana (LG 36).

## ***BIBLIOGRAFIA***

- |  |                          |
|--|--------------------------|
| Comunidad carismática y ministerios          | Juan José Tamayo         |
|  | Misión No. 173, 2007     |
| Conversión de la Iglesia a Jesús, el Cristo  | José Antonio Pagola      |
|  | Misión No. 190, 2011     |
| Christefideles Laici                         | Juan Pablo II            |
|  | edic. Paulinas, 2013     |
| Ecclessia in América                         | Juan Pablo II            |
|  | Edic. Paulinas, 1999     |
| “El nuevo pueblo de Dios”                    | Joseph Ratzinger         |
|  | Barcelona, 1972          |
| El Reino de Dios en la predicación de Jesús  | Rafael Aguirre           |
|  | Misión No.122, 2002      |
| “La Iglesia increíble”                       | Luis Perez Aguirre       |
|  | Edic. Trilce, 1993       |
| “Las Iglesias que los apóstoles nos dejaron” | Brown, Raymond E         |
|  | Desclee de Brouwer, 1986 |
| “Otro mundo es posible...desde Jesús”        | J.I. Gonzalez Faus       |

	Sal Terrae, 2010
Para que la Iglesia	J.I. Gonzalez Faus
	Misión No.141, 2004
“Teología abierta para el laico adulto,	Segundo, Juan Luis
T1 “Esa comunidad llamada Iglesia”	Ed. Carlo Lohlé, Bs.As., 1968
	Compendio de la doctrina social de la Iglesia
	Vaticano II diferentes documentos
	Web Ecclesia